

KEENE, Donald: *Emperor of Japan. Meiji and His World, 1852-1912*. Columbia University Press, Nueva York 2002. 922 pp.

Los emperadores apenas han contado en la historia de Japón. A pesar de ser considerados dioses y dar nombre a las épocas, es bien sabido que han tenido poco poder efectivo, hasta el punto de que durante los dos siglos y medio de la época de seclusión, dependieron de los subsidios de los shogunes, los que detentaban el poder y que también tenían poder hereditario, los Tokugawa, en un sistema parecido a la ranaquía de Nepal. Tras la llegada de los occidentales y la firma de los Tratados Desiguales desde mediados del siglo XIX, la pérdida de legitimidad del shogunato devolvió consideración a Kioto, pero aún así el paso nipón del derrumbe del sistema feudal a convertirse una potencia mundial de primer orden era atribuido casi en exclusiva a los políticos. No al emperador Meiji. Haber asumido el trono a los quince años, como muchos otros emperadores antes, permanecer callado en la gran mayoría de las reuniones que presidió y observar tradicionalmente unas funciones meramente decorativas, centradas en ceremonias

cortesanas, con tardes enteras observando la luna y escribiendo poemas, de una forma muy parecida a la que llevaban viviendo en la corte desde los tiempos Heian, han contribuido a marginarle. La documentación existente, además, ayuda poco a esta labor: centenares de poemas cortos waka; diarios de la Corte, minuciosos hasta el punto de señalar cuándo se corta el pelo, pero meros datos que no permiten obtener muchas conclusiones; anécdotas conocidas, que pueden ser verdad o no; minutas de sus conversaciones, burdamente amañadas y memorias de su entorno, donde es difícil encontrar observaciones críticas. Por no saberse, no hay constancia de cuál de sus concubinas era la preferida.

Juntando y valorando esos acercamientos tangenciales, Keene se aproxima al emperador más por los hechos que por sus palabras concluyendo, por ejemplo, que la concubina que le dio más hijos (ocho, de los cuales cuatro sobrevivieron) de las que tuvo una relación más prolongada hubo de ser la preferida. También ha mostrado la contribución de Meiji al gobierno del país. Estaba al tanto de todos los asuntos importantes del Estado, comenzando normalmente a trabajar a las seis de la mañana y, lo que resulta más

novedoso, influyó decisivamente en la toma de decisiones y a favor del proceso de modernización en el que se embarcó su país, con una peculiar concepción de progreso como «educación, producción y ejército». Su figura fue crucial para mantener la estabilidad, a pesar de los graves problemas económicos y políticos, incluidas algunas revueltas protagonizadas por figuras muy queridas y cercanas a él, como Takamori Saigô. Keene, además, da cuenta del papel crucial del emperador Meiji, al comienzo de su reinado, para evitar los deseos de la mayoría de su Gobierno de entrar en guerra con Corea, así como su oposición, décadas más tarde, a la guerra contra China. Más allá de las decisiones políticas, además, se esforzó por conocer el estado real de sus súbditos en sus viajes por zonas del país por donde pocas autoridades se habían molestado antes en pasar y en erradicar las viejas costumbres y temores que obstaculizaban la modernización. Así, en el año 1875, tanto él como la emperatriz se vacunaron contra la viruela para que su ejemplo llevara a sus súbditos a hacerlo también. Con la sensibilidad que Donald Keene hace gala en sus obras, *Meiji y su mundo* es un sugerente trabajo sobre el país que quizás mejor supo utilizar en su favor el empuje colonial. Que se suma a la larga lista de obras esenciales que siguen sin ser traducidas al castellano.

FLORENTINO RODAO

SHOHAT, Ella y STAM, Robert: *Multiculturalismo, cine y medios de comunicación. Crítica del pensamiento eurocéntrico*. Col. Paidós Comunicación Cine 130, Paidós, Barcelona 2002. 368 pp.

«Siempre que un africano aparecía amenazante detrás de Tarzan gritábamos con todas nuestras fuerzas, intentando avisarle de que venían “ellos”». Las proyecciones de las películas de este héroe de Hollywood son recuperadas con un sabor agrisado de los recuerdos de la infancia en su pueblo natal por el cineasta etíope-americano Haile Gerima, por la incoherencia de solidarizarse con el ídolo blanco en contra de unos adversarios con los que no se sentían apenas vinculados, a pesar de los más cercanos. Anécdotas de este tipo, compartidas con otros personajes como Edward Said o Frantz Fanon, muestran las dificultades de tantos pueblos *orientales* (es decir, no occidentales) por desarrollar una cultura propia y con unos roles y unas referencias adaptadas a sus propias circunstancias, sugiriendo también los obstáculos dentro de Occidente para poder relativizar el ámbito de sus aportaciones culturales.

Por ello, el libro de Shohat y Stam, profesores norteamericanos especializados en estudios cinematográficos, resulta especialmente interesante, ya que en esta nueva etapa de la Historia las identidades están modeladas fuertemente por los medios de comunicación, y el cine juega, en ello, un papel fundamental. *Multiculturalismo, cine y medios de comunicación* es una crítica apasionada del pensamiento eurocéntrico, donde los estereotipos que forman la conciencia de una civilización europea más desarrollada